

ALFAGUARA



Shani Boianjiu

La gente como nosotros no tiene miedo

Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino

I

Los hijos de los otros

La historia está a punto de acabar

Hay polvo en el módulo prefabricado donde damos clase, y Mira, la profesora, tiene el pelo teñido de naranja y quemado en las puntas. Estamos en último curso de secundaria, tenemos diecisiete años, casi hemos terminado la historia de Israel. Terminamos la historia del mundo en primero. Hay páginas en el libro de texto donde se habla de 1982, apenas unos años antes de que nacióramos, solo un año antes de que construyeran este pueblo, cuando aquí en la frontera con el Líbano no había más que pinos y montañas de basura. Las palabras de Mira, la profesora, no se alejan mucho de las que nuestros padres dicen las noches de borrachera. Y además Mira es la madre de Avishag.

La historia está a punto de acabar.

—Habrán ocho definiciones en el examen sobre la guerra de la Paz en Galilea del próximo viernes, y no hay nada que no hayamos visto. La OLP. Los MTA. La FAI. Los hijos de los RPG —dice Mira. Creo que conozco todos los términos, salvo quizá la de los hijos de los RPG. No se me dan tan bien las definiciones en las que hay palabras de verdad. Me asustan un poco.

Aunque el examen me da igual. Casi lo juraría; no me importa nada.

Todavía tengo el sándwich en la mochila, esperándome. Lleva tomate, mayonesa, mostaza, sal y nada más. Lo mejor de todo es que mi madre lo mete en una bolsa de plástico envuelto en servilletas azules y tardas como dos

minutos en desenvolverlo. Así, incluso un día que no tengo hambre, sé que me espera algo. Eso es algo y me ayuda a no ponerme a gritar.

Hace ocho años que descubrí la combinación mostaza-mayonesa-tomate.

Chasqueo los dedos bajo la barbilla. Pongo los ojos en blanco. Rechino los dientes. Hago esas cosas en clase desde pequeña. No puedo seguir así mucho más. Me duelen los dientes.

Cuarenta minutos para el recreo, pero no puedo quedarme aquí sentada, no puedo, no pienso hacerlo, no me da la gana y no voy a c...

Cómo se hacen los aviones

—La OLP. Los MTA. La FAI. Los hijos de los RPG —dice Mira, la profesora—. ¿Quién quiere leer algunas definiciones en voz alta, para practicar antes del examen?

Los MTA son un tipo de submarinos sirios. Y la FAI es la Fuerza Aérea Israelí. Sé lo que son «hijos», y que los hijos de los RPG eran niños que intentaban disparar con lanzamisiles a nuestros soldados y acababan quemándose unos a otros, por ignorancia y porque eran niños, pero puede que eso sea una definición redundante. La última vez la muy bruja me quitó cinco puntos porque decía que había usado la palabra «muy» siete veces en la misma definición, y además en sitios en que no se puede usar «muy».

Me está mirando, o igual mira a Avishag, que se sienta a mi lado, o a Lea, que se sienta al lado de Avishag. Deja escapar un suspiro. Creo que le hace falta una cirugía ocular muy correctiva. Lea le sostiene la mirada, como si estuviera convencida de que la mira a ella. Siempre cree que todo el mundo la mira.

—¿Podrías por lo menos fingir que escribes, Yael?
—me pregunta Mira y se sienta tras su escritorio.
Aparto la mirada de Lea. Cojo el bolígrafo y escribo:

*¿cuándo vamos a dejar de pensar en cosas que no im-
portan para empezar a pensar en cosas que importan? fó-
llame duro*

Tengo que ir al baño. Saliendo del barracón de la clase está la caseta de los lavabos. Cuando me subo encima de la tapa del váter y pego la nariz a la ventana minúscula alcanzo a ver el final del pueblo y huelo la lejía que usan para limpiar el maldito cristal hasta que me mareo. Veo casas, jardines, madres con bebés sentadas en los bancos, todo desperdigado como piezas de Lego que un niño gigante hubiera abandonado junto a la carretera de cemento que lleva a las montañas de arenisca dormidas del fondo. Al otro lado de las puertas del colegio veo a un muchacho. Lleva una camisa marrón y tiene la piel bronceada, podría desaparecer en esta montaña si no fuera por sus ojos verdes, dos hojas en medio de la nada.

Es Dan. Mi Dan. El hermano de Avishag.
Estoy casi segura.

Al volver a clase del lavabo veo que alguien ha escrito en el cuaderno, una libreta vieja y gruesa, justo debajo de mi pregunta. Avishag y yo nos escribimos en cuadernos desde segundo de primaria. Durante un tiempo continuamos las historias que escribíamos con Lea cuando jugábamos juntas a Cadáver Exquisito, también en un cuaderno, hasta que en séptimo Lea dejó de jugar con nosotras o con cualquiera de sus amigas de antes. Empezó a coleccionar niñas, mascotas que hacían lo que ella quería. Avishag pensó que nosotras dos debíamos seguir escribiendo un cuaderno, aunque dos personas solas no pudieran jugar a Cadáver Exquisito. Dijo que los cuadernos duran más que las notas en hojas sueltas y que así, cuando tuviéramos dieciocho años, podríamos

mirar atrás y recordar a toda la gente que nos quería de pequeñas. Y de paso también podría poner allí sus dibujos y sabría que yo los vería. Cuando cumplimos catorce años dijo que además podíamos poner la palabra «follar» en todas las frases cuando quisiéramos sin que nos pillaran. Y queremos, porque nos da la gana y porque sí. Es una regla.

fóllame más duro

De un tiempo a esta parte es como si Avishag no existiera. Todo lo que digo, lo repite un poco más fuerte. Luego se queda callada. Juega con la cadena de oro que le cuelga sobre la piel oscura del pecho. Se ajusta la tira del sujetador. Se queda ensimismada mirándose el pelo sin decir nada. Supongo que yo también hago esas cosas.

Pero la cuestión es que, por primera vez en la historia del mundo, alguien que no es Avishag ha escrito en el cuaderno mientras yo no estaba.

Estoy casi segura. Hay una línea que no encaja, y tampoco dice «follar».

siempre estamos solos. solos, incluso ahora

Cierro el cuaderno.

Me dan ganas de preguntarle a Avishag si su hermano Dan ha entrado en clase mientras yo no estaba, pero no lo hago. Mira, la madre de Avishag y Dan, es una madre especial porque es profesora. Es profesora porque tuvo que venir y ser profesora en un pueblo en lugar de en Jerusalén. El padre de Avishag los abandonó, así que no les llegaba el dinero para vivir en Jerusalén. Mi madre trabaja en el pueblo, en la fábrica de componentes para las máquinas con las que se hacen los aviones. La madre de Lea también trabaja en el pueblo, en la fábrica de componentes para las máquinas con las que se hacen las máquinas que sirven para hacer aviones. Siempre estoy sola.

Se me ocurre una idea.

Voy a hacer una fiesta aunque me cueste la vida. Aún no sé dónde será la fiesta, y no puedo saberlo ni sabré nada en los próximos veinte minutos porque estoy en clase pero, que Dios me ayude, Dan va a venir a esa fiesta. Vendrá si lo llamo para invitarlo, aunque sea por educación, y esa es la idea genial que se me acaba de ocurrir de buenas a primeras, una fiesta, y si una sola persona más me dice que a veces se está bien solo, chillaré y será una situación incómoda.

—Paz —digo, y me levanto a buscar mi mochila. Cuando Avishag se levanta, arrastra la silla por el suelo de linóleo y a Mira se le fruncen los labios como si acabara de comerse un limón entero del árbol de la familia Levy.

—Aún quedan veinte minutos de clase —dice Mira, la profesora. Igual cree que nos quedaremos, pero nos vamos.

—A la mierda. Paz —dice Avishag. Qué raro. Avishag no soporta que se digan palabrotas en voz alta. Solo le gustan por escrito, así que es raro. Cuatro chicos se levantan también. En cuarto uno de ellos se comió un limón entero del árbol de la familia Levy porque lo desafiaron, pero después no pasó nada.

No se puede hablar con nadie

Avishag y yo vamos subiendo la avenida sin asfaltar que lleva al pueblo desde la escuela. Cuando abro la boca siento el sabor del polvo que levantan las pisadas de los compañeros de clase que van delante, y de las nuestras del día anterior. Apenas puedo hablar, con tanto polvo en la boca.

—Siento, no sé, como que estoy muriendo. Vamos a montar una fiesta esta noche. Tenemos que hacer unas llamadas —digo.

—Noam y Emuna me dijeron que Yochai les dijo que su hermano se ha enterado por Sarit, la hermana de Lea, de dónde hay cobertura —dice Avishag, entrecerrando sus ojos negros.

Los teléfonos móviles no funcionan en el pueblo. Al principio solo fallaba la cobertura en el colegio, pero desde el miércoles no pillamos señal ni cuando saltamos la valla de madera y pasamos de la clase de matemáticas. A Avishag le aparecieron dos rayitas en la pantalla pero solo diez segundos, así que no dio tiempo de llamar a nadie. Luego solo quedó una rayita y ya no pasó de ahí.

Fuimos hasta la tienda de comestibles, pero allí tampoco había cobertura, así que compramos un paquete de Marlboro y ositos de gominola, y fuimos hasta el cajero automático, pero tampoco había cobertura, y alguien había vomitado en el único columpio donde caben dos, así que ni nos quedamos, y ya no había ningún otro sitio en el pueblo adonde ir.

—En realidad no me lo dijeron Noam y Yochai —dice Avishag—. Fue Dan. Ahora ya me habla. O al menos lo básico para decirme que hay cobertura al lado de la antena.

No la miro mientras me habla. Quiero preguntarle si Dan entró en clase y escribió en mi cuaderno, pero más vale que no lo haga.

La antena. Claro. A veces pienso que si no fuera por gente como Dan el pueblo entero se moriría, de tan imbéciles que somos.

Qué es el amor

Solo una vez en toda mi vida decidí que amaba a un chico, al hermano de Avishag, Dan. Moshe ha sido mi único novio desde los doce años, pero la verdad es que no es justo porque no decidí amarle. Era un amigo de la familia

que me tiraba manzanas, así que en realidad no tuve elección. Hace dos semanas rompimos. También rompimos hace nueve semanas. De todos modos lleva seis meses en el ejército. Dan ya ha terminado con todo eso.

Dan solía hacer una prueba. Por eso decidí que le amaba. Joder, esa prueba lo volvía loco, loco de verdad.

Justo al final de la calle Jerusalén hay una vista preciosa. La mejor vista del pueblo. Una vista del mundo entero y su mundo hermano. En serio. Desde lo alto de ese montículo se ven cuatro montañas cubiertas de bosque mediterráneo, siempre verde. Se ven mantos de anémonas rojas, y cojines de anémonas lilas, y círculos de margaritas amarillas. Y pequeñas cuevas protegidas por los sauces, y bueno, duele con solo mirarlo. Igual que ver a los hijos de los otros al otro lado de la calle.

Y claro, justo al final de la calle Jerusalén hay unos bancos, así que lo lógico es que uno pudiera ir allí a sentarse y contemplar la vista. Pues no. Porque si se sentara estaría de espaldas al paisaje mirando de frente la casa de la calle Jerusalén número 24, y quizá vería la ropa interior tendida a secar, o una correa de perro huérfana sobre la hierba amarillenta, o el cubo del reciclaje fuera, en el porche.

Y la cuestión es que Dan llevaba allí a la gente y preguntaba *qué es lo que no encaja en la imagen, qué es lo que no encaja, vamos, qué es lo que no encaja*, y como nadie se lo decía, se volvía loco, empezaba a gritar y decía que si no fuera por gente como él, el puto pueblo se moriría de tan estúpidos que somos todos. A veces es arrogante. Y entonces la persona del pueblo a la que hubiera llevado, una compañera de clase, la amiga de su madre, su hermana, su otra hermana, se quedaba allí sentada mirando la hierba amarillenta hasta que al final decía: «Me habías dicho que íbamos a dar una vuelta. No lo entiendo».

Yo lo entendí.

En séptimo, un día al irme de la casa de Avishag, Dan apareció por detrás de un olivo. Las copas de los sico-

moros importados y unos pájaros invisibles revoloteando a toda velocidad en lo alto proyectaban a su alrededor un baile de luces, como en una discoteca. Dio un paso hacia mí. Luego otro. Estaba tan cerca que vi dos pestañas caídas en su mejilla izquierda. Bajé la mirada por timidez y me di cuenta de que iba descalzo y de que tenía unos pies muy largos. Con los nervios empecé a chasquear los dedos debajo del cuello. Era muy alto, igual que Avishag. O quizá yo era baja.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —me preguntó.

Al principio, cuando me senté en el banco, solo me sentí cansada. Me daba la vuelta a cada momento y apartaba la vista para que Dan no viera lo emocionada que estaba y así quedarme con otra cosa bonita en la que pensar. Y entonces me di cuenta.

—O sea que alguien viene aquí, le dan dos bancos y le dicen: «Planta estos bancos en el suelo con cemento». Y, bueno... —dije. Sólo quería hablar de cualquier cosa, pero los ojos verdes de Dan brillaban y no paraba de enarcar las cejas.

Luego nos sentamos un rato en el suelo a mirar los mantos rojos y las cuevas a lo lejos, y le conté todos mis secretos. Creo que esa noche le quise un poco, pero no sé si fue amor de verdad o fue porque me di cuenta de que yo, o algo que dije, le gustaba. Se sabía por el modo en que se mecía de atrás hacia delante, y también porque cuando le enseñé el cuaderno prometió que algún día escribiría en él, algo que fuera la hostia de inteligente.

No volví a hablar con él nunca más después de aquella noche. Dos meses después le contó a Avishag uno de mis secretos. Al cabo de dos años se marchó al ejército y cuando volvió al pueblo, en lugar de ponerse a trabajar en la fábrica de componentes para las máquinas con las que se hacen las máquinas que sirven para hacer aviones, se quedó en casa dibujando botas militares. Lo sé porque mi hermana fue la semana pasada a jugar con su hermana

pequeña y al volver dijo que había dibujos y dibujos de botas. Toda la pared de la cocina parecía empapelada de negro, con todas aquellas botas pesadas.

—Dan me ha dicho que te echa de menos —dijo mi hermana—. Dice que ya no vas nunca con él a dar una vuelta —añadió, y empezó a lanzar besos al aire. Luego subió el volumen de sus dibujos animados de *Bully, el muñeco de nieve* para que no le gritara.

No hay ninguna casa libre

Si escribes en el cuaderno de alguien, también irías a su fiesta si te invitara.

Cuando llegamos a la antena estoy casi segura de que ha sido Dan quien ha escrito en el cuaderno. Ha escrito entre mis definiciones de «hijos de los RPG» y «FAI». Supongo que aún me importa. Supongo que a él todavía debe de importarle.

Entiendo que no parezca muy verosímil, pero sé que ha entrado tan campante en la clase igual que Superman, ha escrito en el cuaderno mientras yo estaba en el lavabo y luego ha salido como si nada por la puerta del colegio. Le preguntaría a Avishag si su hermano ha venido mientras yo no estaba, y no entiendo por qué no me lo dice ella misma, pero también sé que debe de tener sus razones: la gente con hermanos tiene sus razones. Además solo estoy casi segura, y eso es mejor que arriesgarse a saber algo que no se quiere saber.

No puedo creer que no se nos haya ocurrido buscar cobertura al lado de la antena de telefonía móvil. Estamos tan cerca que el poste nos protege del sol desde lo alto del peñasco, y gritamos, porque la señal es tan débil que a la gente le cuesta oírnos bien.

Muchas cosas son difíciles de encontrar en este pueblo. La intimidad, el transporte público, la leche entera.

Y la más difícil de todas es una casa libre. De vez en cuando los padres de alguien se retiran a descansar al pueblo de al lado por cortesía de la fábrica, se dan masajes y nadan en la piscina del hostel, pero a mi familia no le ha tocado nunca, ni a la mayoría de gente a la que conocemos. En general los padres van a tomar el café a casa de otros padres y acceden a no volver hasta después de las once, y los hermanos latosos acceden a que se queden amigos a dormir. Así es como se crea una casa libre donde tomarse unas cervezas y fumar y besuquearse sin pasar vergüenza.

Por lo visto no hay ninguna casa libre para montar una fiesta con los de nuestra clase esta noche. Ni una sola.

Ya hemos llamado a doce personas y tenemos cerros de sudor debajo de las axilas, pero no nos podemos ir a casa, porque en mi casa está mi hermana y en casa de Avishag está su hermana, y no podemos dejar que nos oigan planeándolo todo, igual que dentro de dos años ellas tampoco nos dejarán oír las cuando planeen sus fiestas. Además, desde que Dan ha vuelto no voy nunca a casa de Avishag. Ella no me deja.

Si fuéramos a mi casa mi hermana se enteraría, y ella es lo peor. Con los teléfonos fijos se oye todo. Cuando mi madre habla por el fijo, aunque sean las tantas de la noche, oigo todo lo que dice, incluso cuando susurra, y también si llora.

—¿ESTÁS SEGURA? —hablamos a gritos por el móvil.

Sí, Tali Feldman está segura. Su madre no quiere dejarla hacer una fiesta cuando no hay nadie en casa porque le preocupa que los amigos de su hija rompan más piezas de su juego de té rumano, y la madre de Noam no quiere que su hija haga una fiesta cuando no hay nadie en casa porque le preocupa que su hija traicione su confianza, y la madre de Nina no quiere que su hija haga una fiesta cuando no hay nadie en casa porque le preocupa que los amigos le rompan el himen a su hija, porque tira un poco hacia el lado religioso.

También nos enteramos de que Lea va a hacer una fiesta, de que tiene la casa libre porque su madre y su padre van a darse un masaje al pueblo de al lado, pero que su madre dice que no estoy invitada porque la última vez rompí una vasija de castaño y Lea le contó que fui yo. La verdadera razón es que Avishag y yo somos las únicas que no estamos superacojonadas de Lea porque jugábamos con ella antes de que fuera de superjefa, cuando todavía jugaba con la gente en lugar de manipularla.

Aquella noche en el banco le conté a Dan todos mis secretos. Uno de ellos era que Avishag y yo todavía jugábamos con muñecas. Era algo que manteníamos en secreto desde quinto, no se lo contábamos ni a Lea. En realidad era mejor jugar a muñecas cuando estábamos en séptimo, porque pensábamos en cosas que no se nos ocurrían de pequeñas. Las muñecas podían vomitar helados amarillos encima de otra muñeca antes de quemarla. Podían inventar una cura para el cáncer, o empezar a fumar, o ir a la facultad de Derecho. Era muy divertido.

Cuando Avishag descubrió que le había contado a su hermano a qué jugábamos, entró en clase a las ocho de la mañana y fue directa a mi mochila, tiró mi sándwich al suelo para que todo el mundo lo viera y lo pisoteó sin dejar de chillar. Los tomates embadurnaron el suelo de un jugo amarillo y rojo después de que saltara sobre ellos.

—¡Asquerosa! —gritó—. Es mi hermano, tarada. ¡Putas, tienes novio! ¿Quién te crees que eres? Ni siquiera te conozco —entonces también fue raro que dijera palabrotas.

Durante un tiempo actuamos como si no nos conociéramos, porque era verdad, eso no iba a discutírselo, aunque había llegado un punto en que ya no sabía si conocía a alguien. Emuna ocupó el asiento de Avishag a mi lado en clase. Avishag se puso al lado de Noam.

Luego Dan se fue al ejército. Era normal, porque tenía dieciocho años, igual que fue normal que Avishag y yo

olvidáramos lo que había dicho de él. Pero ahora sé que Avishag cree que ni siquiera me conoce. Siempre lo sabré.

—¿Los hijos de los RPG son aquellos proyectiles pequeños que no necesitan lanzador? —me pregunta antes de alejarnos de la antena.

—No —le contesto—. Tú hablas de unas granadas de mano soviéticas que también se llaman RPG, pero ya nadie las usaba en la guerra de la Paz de Galilea. Hablas del pasado. Luego te dejo copiar las definiciones.

Dentro de mi habitación

A eso de las cuatro de la tarde bajamos de la colina de la antena y nos vamos a casa sin haber podido encontrar un lugar para hacer una fiesta. Mi madre suele volver del trabajo a las cinco. Hasta que llega veo el canal infantil nacional. *Chiquititas*, *Franny y los zapatos mágicos* y *El jardín de las sorpresas*. Programas para los que incluso Avishag me vería mayor. Al oír el coche de mi madre voy corriendo a mi habitación, me tumbo en la cama y me quedo mirando el techo. No llama para preguntarme qué tal estoy, y me alegro, porque lo único que quiero es un poco de tranquilidad.

La oigo susurrando al teléfono. Me paso una hora mirando el techo, quizá dos, intentando imaginar cómo sería que me obligaran a mirar este techo toda la vida. ¿Qué clase de detalles percibiría?, me pregunto, y de pronto la voz de mi cabeza suena igual que la voz de Mira, la profesora de historia, la madre de Avishag, y luego resulta que es mi madre, y está en mi habitación. Tiene los dientes manchados de nicotina y la espalda encorvada.

—No puedo seguir así —me dice—. Necesito un poco de ayuda.

No le contesto. Yo sí que necesito ayuda. Si quisiera sabría que necesito una casa libre para hacer una fiesta

y poder invitar a Dan esta noche, pero solo sabe lo que a ella le da la gana.

El lunes pasado me preguntó si estaba segura de que no quería probar el sándwich con un poco de pavo.

—Llevo cinco minutos llamándote a gritos para que cojas el teléfono —dice, y me lo da—. No puedo seguir viviendo en una casa donde se me trata como a una criada.

—Yael, ¿estás ahí? —me pregunta Avishag por teléfono.

—Qué, ¿al final la madre de Nina le da permiso para hacer una fiesta? —le pregunto.

—Escucha —dice—. Dan se ha caído y se ha golpeado la cabeza.

Y dicen que a la ruleta rusa

Me pasé toda la noche al teléfono con Avishag. Todas las demás chicas se quedaron en la fiesta de Lea. Hizo que todo el mundo se quedara incluso después de enterarse de que a Dan le había pasado algo. A mí eso me daba igual. Tampoco me importaba que mi madre o mi hermana o mi padre me oyeran hablando por teléfono. Al principio la cosa era que Dan se había dado un golpe en la cabeza y Avishag estaba preocupada, y luego resultó que se había dado un mal golpe en la cabeza y estaba grave en el hospital pero la madre de Avishag le pidió que no fuese, y luego resultó que se había disparado por accidente en la cabeza, y al final resultó que Dan había ido con un par de compañeros de clase a la colina de la antena de telefonía móvil a llamar a tal o cual chica, pero como ninguna contestaba se pusieron a jugar a la ruleta rusa. Claro, solo los del pueblo tenían cobertura y casi todo el mundo estaba en la fiesta de Lea, fue por eso. A las seis de la mañana resultó que Dan había muerto.

Pero yo no me creo ninguno de esos rumores. Yo creo que subió a la montaña y se voló los putos sesos allí solo. Sin más.

Madres desaparecidas

A las siete de la mañana voy a casa de Avishag. Vive en el número 3 de la calle Jerusalén y yo vivo en el 12, y por eso nos hicimos amigas. Paso por delante de casas idénticas, una tras otra. Paso la casa de Lea, el olivar, luego la casa de los Miller, la familia británica. Todas parecen exactamente iguales, salvo porque la de Avishag tiene el tejado rojo y el de las otras es verde. Además, cuando entras en su casa hay siete estanterías de libros, porque su madre, Mira, es una intelectual, tal vez porque es profesora o porque es originaria de Jerusalén ciudad, no de la calle.

Como Avishag tiene los ojos cerrados, le tapo la nariz para despertarla. Siempre la despertaba así cuando éramos pequeñas, pero de pronto me doy cuenta de que ya no puedo seguir haciéndolo. Ni ahora ni nunca. No me grita cuando se despierta; no dice nada.

Le quito la almohada de debajo de su pelo negro, mojado. La pongo en el suelo, apoyo la cabeza y cierro los ojos.

Me despierto al cabo de una hora. Mientras bajo las escaleras hasta la cocina espero encontrar mi vaso de leche con cacao y cereales preparados en la mesa, pero en la mesa no hay nada. Ni siquiera la leche con cacao y el pan untado con chocolate que Mira le pone por las mañana a su hija pequeña.

Esperaba encontrarlo. Juro que, de todas las cosas, esta es la que más me sorprende.

En casa mi madre prepara por la mañana tomate y té para mí, y pan, tomate y té para mi hermana. Cuando nos levantamos mi madre ya se ha ido, porque empieza a trabajar a las siete. Antes entraba a las ocho y nos podía

llevar en coche al colegio, pero cuando empecé la secundaria el pueblo inauguró un servicio de autobús para descongestionar el tráfico matutino y adelantaron una hora el horario de las madres. Ahora siempre encontramos la misma nota. *Lavad los platos después de almorzar*. Deja la comida en la nevera, dos platos tapados con otros platos, arroz con cordero de domingo a martes, y arroz con oca el resto de la semana. Todo sabe a recién hecho aunque tengamos que calentarlo en el microondas.

Vuelvo a la habitación de Avishag.

—Avishag —la sacudo con fuerza—. ¿Dónde está tu madre?

Avishag sigue con los ojos cerrados. Aún medio dormida, arquea la espalda y se ajusta el sujetador. Pasa sus largos dedos por la cadena de oro, y se la ve tan morena entre las sábanas blancas que casi parece demasiado presente. Entonces de pronto abre los ojos.

—Creo que ha decidido volver a su casa. Dijo que lo haría incluso antes de que nos enteráramos de que Dan... antes de saberlo todo.

—¿Volver a su casa? —le pregunto—. Pero es tu madre.

—Dijo que iba a volver a vivir con mi abuela en Jerusalén. Dijo que no va a seguir criando hijos ella sola para que luego cojan y se peguen un tiro, y dijo que no me ofrezco nunca a lavar los platos, y que ya soy una mujer y que ella...

—Cómo va a irse, no puede ser —le digo—. Vamos, levanta.

Pero Avishag cierra los ojos y me da la espalda, tapándose la cabeza con la sábana, como si fuera una cueva.

Judaizar Galilea

Voy al colegio sola. No sé adónde más podría ir y no quiero seguir viendo cómo duerme Avishag. En la

clase hay solo tres chicos, sentados encima del pupitre mientras ven una revista de coches japoneses. Una de las sillas está caída de lado y, como alguien ha derribado la papelera, hay pieles de naranja y hojas de papel por el suelo.

—La madre de Lea también se ha ido —dice uno de los chicos—. Le ha dicho a Lea que ha decidido quedarse para siempre en ese pueblo de los masajes —añade, y se muerde un dedo—. Pero no creo que vaya en serio. Y seguro que Mira, la profesora, también volverá pronto.

—Este es un pueblo de locas de mierda —añade otro. Luego me dan la espalda y se apiñan alrededor de la revista.

Salgo afuera y miro al suelo intentando contener la respiración, pero los cuervos y los sicomoros y los pájaros que vuelan en círculos por debajo del sol dibujan puntos en el asfalto bajo mis pies, que me hacen guiños primero aquí, luego allá, y abro la boca y vomito hasta que consigo levantar de nuevo la cabeza y mantenerla en alto.

No veo un alma en las calles. Cuando construyeron este pueblo hace menos de treinta años, fue porque a alguien se le ocurrió la brillante idea de que había que judaizar Galilea, y en particular la frontera con el Líbano. El gobierno dijo que la región no era más que una sucesión de montañas de arenisca desiertas, y si somos un país no podemos vivir todos en una única zona. Así que cedieron parcelas de tierra casi regaladas a parejas que se comprometieran a trabajar en la fábrica que construyeron en el pueblo, de manera que las parejas tendrían dinero y hogar, y luego tendrían niños.

Lo único en lo que no pensaron fue en que el dinero y las casas crean niños, y que los niños, entre otras cosas, necesitan autobuses. La única manera de salir de aquí hoy por hoy es haciendo autoestop.

Me pongo al lado de la vieja cabina de teléfono a las afueras del pueblo y hago dedo. Primero pienso en llamar a alguien, pero no tengo monedas para usar la cabina.

Cuando para un Subaru rojo, me acerco y huelo el aftershave del conductor, un tipo con barba que está escuchando «Macarena». En serio.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

En el suelo, un caracol avanza lentamente hacia mí, dejando un rastro de baba. Pronto llegará la primera lluvia del año. Pronto Avishag y yo terminaremos el instituto. Iremos al ejército. Todos. Incluso la princesa Lea tendrá que ir al ejército. Todo el mundo va.

Y me doy cuenta de que no conozco a nadie fuera de las mil casas del pueblo, de que estoy aquí sola en el asfalto tibio.

Le digo al conductor que mejor me quedo donde estoy.

No subo a la montaña

Y es que ya no quiero volver a subir a buscar cobertura junto a la antena de telefonía móvil solo para hablar con alguien. Bajo por el camino de losas de barro, cruzo las rejillas de las bicicletas y el basurero hasta el cajero de cintas de vídeo, y uso un billete de veinte siclos para alquilar *Chicas malas*, porque es la única película que queda en el cajero que solo he visto una vez.

Ahora que tengo cambio, vuelvo al final del pueblo. El auricular de la cabina está tan polvoriento que brilla, y al descolgarlo me sorprende que tenga línea. Puede que sea la última cabina de todo Israel. Hace unos años el gobierno las arrancó una por una y se las llevó en un camión.

Quiero oír la voz de mi madre para asegurarme de que ella no se ha ido también.

Pero no la llamo a ella.

Avishag no contesta hasta que llamo por tercera vez. Mi madre no es la primera a la que llamo, no porque prefiera hablar primero con Avishag, sino porque saber

algo casi seguro es mejor que arriesgarse a saber algo que no quieres saber.

—Tu madre va a volver, ¿lo sabes, no? —le digo.

Cuando lo digo sé que quizá no vuelva. Cuando lo digo sé que fue Avishag la que escribió en el cuaderno aquella mañana, no Dan.

—Siempre estoy sola, Yael —contesta Avishag, con voz ensopada—. Incluso ahora.

Que nadie nos llame

Espero mucho rato a que Avishag venga a buscarme. Me siento a esperarla en el suelo al lado de la cabina. Noto el sabor del sudor, la sal y el maquillaje que me chorro de la nariz a los labios. Ha dicho que vendría.

Y viene. Viene, pero no viene a buscarme. No vamos a casa. No decimos nada. Se acerca caminando hasta mí y entonces cambia de dirección. Sabe que hoy la seguiré adonde vaya.

Subimos la pendiente interminable de la colina. Espero que no lleguemos nunca arriba, aunque sé que lo haremos.

No hay sangre en el suelo al lado de la antena. Ni siquiera un trozo de ropa. Ni siquiera una bota.

A Avishag le cuesta creer que no haya nada. Quiere ver, por lo menos algo. Mueve desesperadamente la cabeza de un lado a otro. A la sombra de la antena no deja de buscar con la mirada, como hacía de pequeña mientras intentaba encontrar la última palabra de una sopa de letras.

Entonces es como si la antena fuera esa palabra. Como si de pronto se diera cuenta de que está ahí, después de mirarla fijamente varios minutos. Apoya las manos en la antena y la empuja y le da patadas.

Voy con ella, me pongo a escarbar en la tierra alrededor de los postes metálicos clavados en el suelo, y arremeto contra la antena con todo el peso de mi cuerpo.

Intentamos derribar la antena hasta que oscurece. No dejamos de intentarlo una y otra vez.

No hablamos. No vamos a hablar. Hemos hablado suficiente.

Aquí no necesitamos una antena de telefonía móvil.

Los hijos de los RPG

Los hijos de los RPG eran niños de nueve o diez años, así que eran muy pequeños y, claro, eran niños. Y el RPG es un arma muy, muy pesada, de modo que un solo niño no puede con ella, tienen que ser dos, y los niños levantaban las armas y las sostenían entre dos, uno por delante y otro por detrás. Cuando disparas un RPG, por delante lanza un misil tan potente que podría llegar a atravesar un tanque israelí. En cambio, por detrás despide fuego; no es que sea una gran llamarada, ni que sea necesaria, solo forma parte del funcionamiento del arma que despida fuego por detrás. Así que uno de los hijos del RPG aguantaba el lanzamisiles sobre el hombro, y detrás se ponía el otro, de puntillas, sosteniendo la parte posterior. Y entonces cuando disparaban el misil, al niño de atrás se le prendía fuego en la cabeza, y en los hombros, y enseguida el fuego le llegaba a las sandalias, si las tenía. Nadie advertía a los hijos de los RPG.

Nadie hablaba con ellos, nadie les decía nada, ni a los niños que aguantaban delante ni a los que aguantaban detrás, pero una cosa muy interesante es que muchas veces el niño de delante saltaba encima de su amigo y lo abrazaba, y eso aumentaba significativamente el número de víctimas, que aquel niño no se quemara solo.

Índice

I	
Los hijos de los otros	9
Todas las chicas gritando a la vez	28
Chicos	40
Control	60
Gente que no existe	84
Una ametralladora automática que dispara granadas	101
II	
El incidente diplomático	125
El revés de la memoria	157
Medios para disolver manifestaciones	175
Hubo una vez en que podíamos hacernos pasar por cualquier cosa	194
Y el pueblo de la Eternidad no tiene miedo	215
Una habitación y media en Tel Aviv	234
III	
Después de la guerra	259
Operación Visión Nocturna	287

Sobre la autora

Shani Boianjiu nació en 1987 en Jerusalén y creció en una pequeña ciudad en la frontera con el Líbano. Tras servir en el Ejército israelí durante dos años, estudió en Harvard. Su ficción se ha publicado en las revistas *Vice* y *Zoetrope: All Story*. En 2012 se convirtió en la autora más joven galardonada con el premio «5 Under 35» que concede la National Book Foundation, para el que fue recomendada por la escritora Nicole Krauss. Ha sido finalista del prestigioso premio literario 2013 Sami Rohr, que distingue a escritores que indagan en la experiencia judía, y del Women's Prize for Fiction 2013. Vive en Kfar Vradim, Israel. Su primera novela, *La gente como nosotros no tiene miedo*, aclamada por la crítica internacional, está siendo traducida a 23 idiomas.